

DEL TIEMPO

[עֵת - זְמַן - מוֹעֵד - אֶפֶן - χρόνος - καιρός - *tempus*]

CAPÍTULO 12.º

Leemos que el primer día del mundo fue comienzo del tiempo: **Y fue una tarde y fue una mañana, el día primero** (Gén 1,5). En efecto, antes de que el mundo fuera hecho, no existía el tiempo, sino la eternidad, a modo de estrecha compañera de Dios, constante, permanente en sí misma, como está escrito: **¿Quién ha hecho y realizado esto, llamando a las generaciones desde el principio?; yo, el Señor, yo soy el primero y el último** (Is 41,4); **Al principio, tú, Señor, fundaste la tierra, y los cielos son obra de tus manos; ellos perecerán, pero tú permaneces; y todos ellos como una vestidura se desgastarán, como vestido los mudarás, y serán cambiados; pero tú eres el mismo, y tus años no tendrán fin** (Sal 102,26-28). Y así el tiempo es el cómputo de la duración, congénita al mundo y su compañera. Ésta, siendo perpetua e igual en todas las partes y semejante a sí y por sí, produce, sin embargo, en las demás cosas grandes y múltiples variaciones, situaciones favorables y desfavorables, como está escrito: **Puso tiempo a las tinieblas, y él mismo examina el fin de todas las cosas, también la piedra de la oscuridad y la sombra de la muerte; un torrente separa del pueblo peregrino a los que olvidó el pie del hombre necesitado; la tierra, de la que nacía el pan en su propio lugar, es transformada por el fuego** (Job 28,3-5).

Leemos también que todas las cosas que se contienen en el mundo, incluido el cielo, que contiene todas las demás, están inmersas en el tiempo y experimentan la fuerza de la mutación: **Ellos perecerán, pero tú permaneces... y serán cambiados; pero tú eres el mismo, y tus años no tendrán fin** (Sal 102,27-28). Así, pues, el poder del tiempo de ninguna de las maneras puede afectar a Dios. Por el contrario, a las demás cosas, unas veces les otorga una duración más larga; otras, más breve; y, continuamente, con variedad extraordinaria, las estrecha, las comprime, las libera, las afecta, en fin, de las más diversas formas. En efecto, un tiempo dado, puesto en relación con la brevedad de la vida humana, se dice que es largo; por ejemplo, mil años. Pero igualmente puede decirse que otro es corto; por ejemplo, un día. Éste es brevísimo e irrecuperable para el hombre; por ejemplo, el día de ayer. Aquél se lo considera casi de ninguna importancia o estimación; por ejemplo, una hora, una guardia nocturna. Según sean el uso que de todas estas cosas se haga, o la experiencia que de ellas se tenga, o cómo se las aguarde o en qué medida se las tema, se tendrá como resultado que los hombres se muevan con agitación o que anden preocupados, Así, **No estéis preocupados por el mañana** (Mt 6,34); **Todos los días en que ahora milito, espero hasta que venga mi cambio** (Job 14,14); **Los días de tu luto se acabarán** (Is 60,20); **Esperó aún Noé otros siete días** (cf. Gén 8,10); **El total de sus días fue de novecientos cincuenta años, y murió** (Gén 9,29).

Pero cuán libre, cuán ajena a estas preocupaciones y angustias, se halla, en su total felicidad, la naturaleza divina, en muchísimos lugares se indica. Ejemplo clarísimo de ello lo encontramos en los siguientes luminosos versos: **Mil años ante tus ojos, como el día de ayer que pasó, y una custodia en la noche; sus años serán tenidos por nada** (Sal 90,4-5); **Por un poco de tiempo te abandoné, pero con grandes compasiones te reuniré; en un momento de indignación, por un poco, te oculté mi rostro, pero con misericordia sempiterna me he apiadado de ti** (Is 54,7-8). Por consiguiente, el sentido del tiempo— incluso el que es extremadamente largo para los hombres —es brevísimo en Dios. Por el contrario, por muy larga que sea la vida de los hombres, en poco tiempo se va; tiempo, además, lleno de grandes pesares, como está escrito: **Los días de nuestra vida son setenta años, y en los más robustos, ochenta años; la mayor parte de ellos es duro trabajo y dolor** (Sal 90,10).

Pero el tiempo —como hemos dicho— lleva en sí distintas y múltiples variaciones, ventajas y desventajas. Esto se aprecia con toda evidencia, cuando se observa el desarrollo de la vida tanto en el género animal, como en otros géneros: la concepción, el nacimiento, el crecimiento, la madurez, la vejez, el final y otras cosas que suceden. De aquí aquella sentencia de nuestro Maestro: **A cada día le basta**

su malicia (Mt 6,34). Y lo que observa también el Sabio y que, para nuestra erudición, queda anotado: **Todo tiene su tiempo, y todo lo que se quiere debajo del cielo tiene su hora: tiempo de nacer y tiempo de morir; tiempo de plantar y tiempo de arrancar lo plantado; tiempo de matar y tiempo de sanar; tiempo de destruir y tiempo de construir; tiempo de llorar y tiempo de reír; tiempo de estar de duelo y tiempo de bailar; tiempo de esparcir piedras y tiempo de juntar piedras; tiempo de abrazar y tiempo de dejar de abrazar; tiempo de buscar y tiempo de perder; tiempo de guardar y tiempo de arrojar; tiempo de romper y tiempo de coser; tiempo de callar y tiempo de hablar; tiempo de amar y tiempo de aborrecer; tiempo de guerra y tiempo de paz; ¿qué provecho saca el que hace algo, de aquello en que se afana?; he considerado la tarea que Dios ha dado a los hijos del hombre, para que se ocupen en ella** (Qo 3,1-10).

Pero el tiempo consta principalmente de días y noches. Los días y las noches —como ya hemos dicho— suelen medirse en horas. Las horas no son partes, sino, más bien, momentos del tiempo. Estas cosas han de tenerse en cuenta a la hora de explicar qué sentido tengan las oraciones que se refieren al tiempo. Por ejemplo, llamar o evocar el tiempo es urgir la ocasión fijada para llevar algo a cabo: **Llamó contra mí el tiempo para quebrantar a mis elegidos** (Lam 1,15); **Fruto dará a su tiempo** (Sal 1,3); **Por esto todo santo orará a ti en tiempo oportuno** (Sal 32,6); **Pues es tiempo de apiadarse de ella, porque ha llegado el tiempo** (Sal 102,14); **Es tiempo de actuar, Señor** (Sal 119,126); **Manzanas de oro con adornos de plata es el que dice la palabra en tiempo oportuno** (Prov 25,11); **Aun el milano en el cielo conoce su tiempo, y la tórtola y la golondrina y la cigüeña guardaron el tiempo de su venida** (Jer 8,7); **Te he visto, y he aquí tu tiempo** (Ez 16,8).

Están, por el contrario, aquellas otras cosas, evidentes por sí mismas, que apenas requerirían la diligencia de nuestra explicación. Son las que indican un tiempo largo o breve, grande o pequeño, todo el tiempo o ningún tiempo. Por ejemplo, está escrito que Jacob hizo duelo por su hijo *durante mucho tiempo* (cf. Gén 37,34), y que entre la primera y segunda ida de sus hijos a Egipto transcurrió *un poco de tiempo* (cf. Gén 40,4).

Pero merece la pena anotar que algunas cosas que suceden en un breve y preciso momento del tiempo, se dice —y ello no impropriamente— que sucedieron en un espacio más largo, como la hierba KIKAIION¹ de Jonás, que escrito está que *nació en una noche y en una noche pereció* (cf. Jon 4,10). Sin embargo, había perecido en un pequeño instante, a la *salida del alba* (cf. Jon 4,7), roída por un gusano.

Finalmente, la mención de un breve tiempo indica una relación y trato breves, y, por ende, una cosa desconocida; por el contrario, cuando se habla de un tiempo largo, se indica familiaridad y roce más duradero, como en Rut: **Que has dejado a tus padres y la tierra donde has nacido, y has venido a un pueblo que ni ayer ni anteayer conocías** (Rut 2,11).

SIGLO

[לְעָלָם - עוֹרֵר - αἰών - *saeculum*]

A causa de su inestabilidad, *siglo* significa mundo², flujo perpetuo y mutación de todas las cosas que existen bajo el cielo. Es también una palabra opuesta a la eternidad, majestad y dignidad de los cielos y de las cosas divinas³, y arguye la sabiduría humana y la prudencia de la carne, ajena a la sabiduría del espíritu divino. Esta observación arroja gran luz para la comprensión de muchos pasajes de los libros sagrados. Por ejemplo: **Los hijos de este siglo son en su generación más sagaces que los hijos de luz** (Lc 16,8); **La preocupación de este siglo... sofoca la palabra** (Mc 4,19). De aquí que Pablo use el adjetivo *secular* y *cosas seculares* con la misma significación (1Cor 6,3-4).

¹[Así en el texto latino. Transliteración del hebreo קִיקַיִון, que Vlg. traduce por *hedera*. En nuestras versiones modernas suele hablarse de *ricino*].

²Mundo.

³Cosas humanas y terrenas.

Siglo, aunque sea un espacio determinado de tiempo, esto es, cincuenta⁴ años, y el mayor cien años —como está escrito: **Y será su siervo por un siglo** (Éx 21,6)—, sin embargo, viene usado frecuentemente por un tiempo muy largo⁵. Y si se unen dos o más siglos, significan perpetuidad⁶, que supera toda medida del conocimiento humano, indicando así algo muy próximo a la eternidad⁷, e incluso, alguna vez, la eternidad misma, como quedará claro por el tenor y diligente observación de algunos ejemplos: **Tu trono, oh Dios, por los siglos de los siglos** (Sal 45,7); **Dichosos los que habitan en tu casa, Señor; por los siglos de los siglos te alabarán** (Sal 84,5); **Sea la gloria del Señor por los siglos** (Sal 104,31); **Como habló a nuestros padres, a Abrahán, y a su descendencia por los siglos** (Lc 1,55).

SOBRE LA MEDIDA

CAPÍTULO 13.º

Leemos que de la distinción de la luz y de las tinieblas nació el tiempo; del tiempo, la medida; de la medida leemos que nació la razón de los números: **Y fue una tarde, y fue una mañana; el día primero** (Gén 1,5). Ahora bien, la medida es la magnitud de cada una de las cosas y la cantidad señalada por términos precisos y capaces de contenerlas⁸. En efecto, esto es lo que significa aquella oración: **Y fue una tarde, y fue una mañana; el día primero** (cf. Gén 1,5). Con estos dos límites, tarde y mañana, precisados y definidos, queda indicada medición del día, la primera de todas, el día primero. Pero está escrito que, después, la medida dio lugar a la proporción. En efecto, entre los dos extremos que contienen la mañana y la tarde, esto es, entre la luz y las tinieblas, se aprecia una proporción extraordinaria: en la medida en que la primera crece, en la misma proporción la otra disminuye. Y, aun cuando ambas se contengan simultáneamente en límites fijos y permanentes, no obstante, a veces, una supera a la otra o se deja superar por la otra en cantidades diversas, pero bien perceptibles y ajustadas a una norma fija. En efecto, en el transcurso del año, las tinieblas aventajan a la luz y la luz a las tinieblas, siempre en proporciones idénticas. Pero, aunque son ahora el sol y la luna los que, mediante los días y las noches, se encargan de que esto acontezca exactamente así, como está escrito: **Háganse las luminarias en el firmamento del cielo y sean signos para los tiempos, los días y los años** (cf. Gén 1,14), sin embargo, idéntica proporción había existido, sin duda, entre la luz y las tinieblas, entre la tarde y de la mañana. Pues la tarde y la mañana, como es evidente, no podían existir sino por el aumento o disminución de la luz y de las tinieblas, cosa que no puede darse sin la proporción.

Así, pues, una de las partes y ornamentos del mundo y de las cosas es la medida, cuya percepción no es exclusiva del hombre, es decir, de quienes están dotados del uso de la razón y de la mente, sino también de los animales brutos. Efectivamente, además del hombre, también los restantes animales observan y conocen el tamaño de las cosas y los espacios de tiempo y de lugar; saben diferenciarlos y se acomodan tanto ellos mismos, como sus acciones a su observación y conocimiento: **Pusiste las tinieblas y fue hecha la noche; en ella transitan todas las bestias de la selva; los cachorros de leones, rugiendo tras su presa, reclaman de Dios su comida; sale el sol y se esconderán, y se echarán en sus guaridas; saldrá el hombre a su trabajo, y a su tarea hasta el atardecer; ¡cuán numerosas son tus obras, oh Señor!; con sabiduría las has hecho todas...** (Sal 104,20-24).

Ahora bien, lo dicho sobre la medida puede decirse igualmente sobre el peso. En efecto, la

⁴[El siglo, comúnmente hoy, es un espacio de tiempo de cien años; sin embargo, véase R. de Miguel: *siglo, espacio de tiempo de 30, 50, 120 y 1000 años*].

⁵Tiempo largo preciso.

⁶Perpetuidad.

⁷Eternidad.

⁸Definición de medida.

medida es a la magnitud, lo que el peso a la gravedad. De ello se sigue que las oraciones relativas a una y otra cosa se construyan casi con las mismas palabras, como: **Los has hecho pares a nosotros que hemos soportado el peso del día y el calor** (Mt 20,12).

A los pesos y medidas, no obstante, se los puede considerar según la naturaleza, o según convenciones, que las leyes de los hombres establecen.

Según lo primero, cada cosa tiene su propio peso y medida. A veces, los hombres los desconocen, pero son perfectamente claros y conocidos para su Hacedor, como está escrito: **¿Quién midió las aguas en el hueco de su mano y calculó la extensión de los cielos con su palmo? ¿quién contuvo en una medida el polvo de la tierra, y pesó los montes con báscula y las colinas en balanza? ¿quién ha escudriñado el espíritu del Señor, y quién ha sido su consejero y le ha enseñado?** (Is 40,12-13).

Pero escrito está que el hombre no sólo no puede conocer o pensar cuál sea la medida y peso exactos de naturalezas tan extremadamente grandes, sino ni tan siquiera determinar hasta dónde podrán llegar la altura y medida de los árboles, de los animales e incluso de sí mismo, antes de alcanzar la madurez; ni tampoco establecer o fijar de antemano, por sí mismo, el final preciso de una vida cualquiera. Así está escrito: **¿Quién de vosotros, afanándose, podrá añadir un sólo palmo a su estatura** (Mt 6,27); y, **¡Necio, esta noche te reclamarán el alma!** (Lc 12,20). Job, en efecto, está seguro de que, aunque los días del hombre sean breves, el número de sus meses está en Dios (cf. Job 14,5). Y el orante pedía que la sabiduría divina le revelase lo que pertenece al arcano: **Hazme saber, Señor, mi fin, y cuál es el número de mis días, para que yo sepa qué me queda** (Sal 39,5).

El segundo modo de medida y peso, es decir, el que es debido a determinadas leyes para servicio de la vida y de la sociedad humana, aunque fue instituido a imitación del primero, no tiene relevancia, sin embargo, para nuestro asunto. Pero habrá ocasión de decir algo al respecto, en la medida en que nos vayan saliendo al paso algunos nombres concretos y conocidos pertenecientes a él. Ciertamente, en lo que a la interpretación del lenguaje sagrado respecta, las medidas tienen más que ver con el modo mismo de medir que con determinadas porciones o formas concretas, de modo que una cosa medida puede decirse que es grande, otra pequeña, otra exacta, otra desigual, otra igual, otra desproporcionada. En efecto, sobre estos géneros y accidentes de géneros versa toda observación de la oración arcana. Por tanto, según esto, la medida y el peso significan la naturaleza precisa y cierta de las cosas, como dice el Sabio: **Pero todas las cosas las dispusiste en peso, número y medida** (Sab 11,21).

Ahora bien, la medida y la proporción indican también justicia y equidad: **En medida contra medida, como fuera rechazada, la juzgarás** (Is 27,8); y vio Ezequiel a un hombre con **Un cordel de lino en su mano** (Ez 40,3); y también: **Pondré el juicio en el peso y la justicia en la medida** (Is 28,17). También la ejecución de un acto con sentencia firme se indica con el nombre de medida: **Los alimentarás con pan de lágrimas y nos darás a beber lágrimas en medida** (Sal 80,6).

Mas el empleo de distintas medidas suele ser signo de iniquidad y de mala fe, como se dice en Miqueas: **¿He de justificar las balanzas de impiedad y la bolsa de pesas fraudulentas, con las cuales sus ricos se han llenado de iniquidad?; los que habitan en ella hablan mentira, y su lengua es engañosa en su boca?** (Miq 6,11-12); y lo que dice el Sabio: **Peso y peso, y medida y medida, ambas cosas son abominables al Señor** (Prov 20,10).

Otras veces, sin embargo, la indicación del peso exacto sirve para expresar de manera cierta, exacta y bien ponderada, y no de modo temerario e irreflexivo, el porqué de un juicio: **Y he aquí que se traía un talento de plomo y he aquí una mujer sentada en medio de la medida; y dijo: ésta es la impiedad; y la arrojó en medio de la medida y puso la masa de plomo en su boca** (Zac 5,7-8).

DEL NÚMERO
[מִסְפָּר - ἀριθμός - *numerus*]

CAPÍTULO 14.º

En el mismo día en que empezaron a existir el cielo, la tierra, la sucesión de la luz y las tinieblas, el tiempo y la cantidad, leemos que comenzó a existir también el número: **Y fue una tarde y fue una mañana, el día primero** (Gén 1,5). Y así, Dios, cuando por primera vez se manifestó en las cosas creadas, pareció indicar su simplicidad, hecho que había sido mostrado por el origen idéntico dado a los tiempos, al mundo y a las cosas del mundo.

Las dos cosas, en efecto, el mundo y el tiempo, son completamente contemporáneas y acordes entre sí; las dos nacen de los mismos principios; las dos tendrán, más tarde, el mismo final. Un único Dios dio origen al mundo; una única luz dio origen al tiempo. Dios es después quien provee y conserva todas las cosas. De la única luz se deriva todo cómputo del tiempo.

Así, pues, la luz conviene a Dios como cierta imagen de su naturaleza, como está escrito: **Dios es la luz, y en él no hay tiniebla alguna** (1Jn 1,5). Conviene igualmente a su simplicidad, pues la única e idéntica luz es constante desde el comienzo del mundo hasta su fin, separando con su presencia y ausencia el día de la noche. Pues el único Dios ordenó que existiera un único mundo con una única luz, y así fue. Por tanto, el número, puesto que separa unas cosas de las otras, es hijo de la luz, que separa el día de la noche. De esto se sigue que el número sólo puede ser percibido por aquellas naturalezas que están dotadas de mente y razón; en primer lugar, porque, en cuanto que es hijo de la luz, las almas de los brutos carecen de aquella facultad; en segundo lugar, porque desempeña la función de la luz, esto es, separar unas cosas de las otras.

Pero consta que el hombre no posee la facultad de contar, hasta que no llega al uso de razón, como está escrito: **Y los árboles que queden de su bosque serán tan pocos que un niño podrá contarlos** (Is 10,19). Y, como el número es hijo de la luz, es así también signo de la verdad. Pues el número sirve, en primer lugar, para investigar, probar y conservar el cómputo de las cosas y de los tiempos. Esto hace que sea usado muy frecuentemente por los autores sagrados: **Éste es el libro de las generaciones de Adán. El día que Dios creó al hombre, a semejanza de Dios lo hizo. Varón y hembra los creó; y los bendijo, y los llamó Adán el día en que fueron creados** (Gén 5,1-2). Y, **Cuando Adán había vivido ciento treinta años, engendró un hijo a su semejanza, conforme a su imagen, y le puso por nombre Set. Y los días de Adán después de haber engendrado a Set fueron ochocientos años, y engendró hijos e hijas. El total de los días que Adán vivió fue de novecientos treinta años** (Gén 5,3-5). Aparece de lo anterior que el cómputo de los tiempos y de los números pertenece propiamente al hombre. En los libros sagrados, el número tiene ya desde el comienzo un cómputo preciso, el mismo que, de manera constante, se observa después siempre. También, cuando se trata de describir y comprobar milagros, se toma diligente nota de los números, hecho al que se le concede una importancia extraordinaria, a la hora de determinar su veracidad.

Ahora bien, aunque el número no puede carecer de la unidad, la unidad simple, en sí misma, al ser indivisa, no es número. De la misma manera que ninguna cosa puede formarse o ser sin Dios, sin embargo, no son Dios, sino que Dios está en todas las cosas, como está escrito: **Envía tu espíritu y serán creados y renovarás la faz de la tierra** (Sal 104,30); **El espíritu del Señor llenó el orbe de las tierras y todo lo que contiene** (Sab 1,7). Las cosas mismas, sin embargo, no son Dios. Así, la unidad está en los números, pero el número propiamente no es la unidad; ni la unidad, el número. No obstante, numerar pertenece propiamente a la razón humana. Pues Dios y aquellas otras naturalezas de poderosísimas mentes ni usan los números ni los necesitan, puesto que consta claramente que para ellos la totalidad de las cosas está simultáneamente comprendida, como está escrito: **Pero, amadísimos, una cosa no paséis por alto: que delante del Señor un día es como mil años y mil años como un día** (2Pe 3,8). Confirma el Apóstol aquí que en Dios no sólo no hay tiempo, sino que tampoco el número le es necesario. Éste es necesario, en efecto, sólo para el conocimiento y provecho de los hombres.

Por esta razón, cualquier cosa que los hombres no puedan enumerar, se dice que escapa a la inteligencia humana, y se suele considerar como atributo propio de la sabiduría divina, como está escrito: **Si alguien puede contar el polvo de la tierra...** (Gén 13,16); y en otro lugar, acerca de Dios: **El que cuenta la multitud de las estrellas y a todas las llama por su nombre** (Sal 147,4). Por tanto, el cómputo de las cosas eternas e innumerables se predica exclusivamente de Dios.

También contar y comparar números suele, a veces, considerarse como un medio adecuado para determinadas cosas que hay que hacer, sobre todo, cuando se trata de cosas que tienen que ver con las facultades humanas. Por ejemplo: **Reemplaza el número de los soldados, que murieron entre los tuyos** (1Re 20,25); **Puso números de soldados** (2Crón 17,2). Hasta aquí hemos hablado brevemente de la naturaleza y utilidad del número. A continuación diremos algo sobre su interpretación.

Lo primero que se deduce de su naturaleza es que el número se contiene dentro de unos términos, de manera que no es infinito. De ello se sigue que las cosas que pueden enumerarse, comparadas con la infinitud, denotan su poquedad, y tanto más fácilmente pueden enumerarse, cuanto más pequeños y estrechos son sus términos. De aquí que el número signifique pobreza, frente a las cosas que no pueden contarse, las cuales indican abundancia extraordinaria. Ejemplo de lo primero es: **Donde los reptiles son incontables** (Sal 104,25); **multiplicado sobre el número los que me odian sin razón** (Sal 35,19; 40,6); **Que hizo obras grandiosas, insondables; maravillas, de las que no hay número** (Job 9,10). Ejemplo de lo segundo es: **Cuando eran pocos en número, muy pocos, y forasteros en ella** (Sal 105,12). De uno y otro: **Siro perseguía a mi padre, que descendió a Egipto y peregrinó allí en número muy pequeño; y creció hasta hacerse un pueblo grande y poderoso, de multitud incontable** (Dt 26,25); **Quedaréis pocos en número, los que antes erais numerosos como los astros del cielo** (Dt 28,62).

El número significa también clasificación, lista. Indica, entonces, el orden y clase de las cosas y personas que se han reseñar: **Estaba entre el número de los cautivos que deportó Nabucodonosor, rey de Babilonia, en tiempos de Jeconías, rey de Judá** (Est 2,6).

También las comparaciones se construyen muchas veces con números: **Se recostaron, pues, como cinco mil hombres** (Jn 6,10). Por la comparación de este número con los cinco panes se muestra la magnitud del milagro.

Consideremos suficiente lo dicho sobre la naturaleza del número, en general, y prestemos ahora atención a ciertos números famosos, de uso muy frecuente en el lenguaje sagrado. Nos contentaremos aquí con hablar de su significado; de su naturaleza hablaremos en otro momento.

El uno, aun cuando no sea un número, tiene, sin embargo, una significación arcana de naturaleza ciertamente singular y preeminente. Significa también, por ello, en el lenguaje arcano al mismo Dios, único e infinitamente más excelente que todas las demás cosas. Así, en Ezequiel: **Y fue una única águila grande, de enormes plumas y muchas alas** (Ez 17,7); **Y he aquí como una única gran estatua** (Dan 2,31); **La única más sabia que sus demás esposas** (Jue 5,29). En misterio más recóndito, al cuerpo místico de Cristo, cuya cabeza es Cristo, pero la cabeza de Cristo es Dios, se le significa con el nombre de uno: **A uno solo llamé, y lo bendije y lo multipliqué** (Is 51,2). Significa también concordia y esfuerzo común de muchos: **Para que le sirvan con un único hombro** (Sof 3,9). El uno, por su simplicidad, indica también una cosa sencilla y fácilmente tolerable: **¿Acaso no es mejor que seáis mandados por un hombre solo?** (Jue 9,2); **Un solo ruego te hago** (1Re 2,16); **Para buscar una sola pulga** (1Sam 26,20). Indica también escasez: **Uno de los hijos de Aquimelec, evadiéndose...** etc. (1Sam 22,20). También quien niega el uno, lo niega todo: **No hay quien haga el bien, ni siquiera uno** (Sal 14,1).

El tres, además del misterio sublime de la Trinidad, que muchas veces indica, se aplica también a aquellas cosas que han de hacerse con deliberación, diligencia y perseverancia. Así, en efecto, Elías, para que el poder divino actuando por su medio resucitara al niño, se echó tres veces sobre él, en oración, dando testimonio de su fe con aquella repetición (cf. 1Re 17,21). Con la triple exclamación **Santo, Santo, Santo** (Is 6,3), los serafines indican la trinidad y perfección suma, que consta de los tres grados: positivo, comparativo y superlativo. También, por esta razón, en las parábolas de Salomón, se usa muchas veces

en las comparaciones el número tres. Tres días también descansó Esdras, cuando regresó de Babilonia con los que le acompañaban en Jerusalén, antes de comenzar los trabajos (cf. Esd 8,32). Con el número tres también Nehemías (cf. Neh 2,11] y Pedro, manifestada que les fue por tres veces la visión, conocieron y enseñaron que ésta era cierta: **Esto sucedió por tres veces** (Hch 2,5).

El número siete es propiamente el fin del número y aumenta el número por la repetición de sí mismo. Todos los días del mundo, en efecto, terminan con el número siete. Por esta razón, se usa este número como el número total y absoluto, esto es, en lugar de la pluralidad. Y, así, nuestro Intérprete traduce el pasaje aquel **Aun la estéril dará a luz a muchos** (1Sam 2,5), mientras que en hebreo encontramos *siete*⁹. Y en Jeremías: **Ha enfermado la que parió a siete** (Jer 15,9). En el Salterio: **Siete veces al día te alabaré, Señor** (Sal 119,164); y *el sabio es perezoso a sus ojos, más que siete que responden a una razón* (cf. Prov 26,16). Pero es el nombre hebreo שבע, *sebagh*, el que significa plenitud y suficiencia. El siete, número sagrado para el Dios verdadero desde el principio del mundo, se emplea, en su mismo nombre y poder, para realizar milagros; y, por su absoluta certeza, confirma que una cosa no acontece casualmente, sino de manera deliberada. Y ésta es la razón por la que Elías manda siete veces a su siervo a observar la lluvia (cf. 1Re 18,44). Igualmente, Eliseo ordena a Naamán, el sirio, que se lave siete veces en el Jordán (cf. 2Re 5,10). Pero encontramos el número siete tanto en su forma simple como múltiple. En efecto, está escrito que Ezequías sacrificó siete novillos, siete carneros, siete corderos y siete machos cabríos (cf. 2Crón 29,21). La asamblea, en tiempos de Ezequías, después de la expiación del templo, ofreció en sacrificio setenta bueyes (cf. 2Crón 29,32). Asa inmoló una vez, en una fiesta, setecientos bueyes y siete mil ovejas (cf. 2Crón 15,11). De lo que resulta que, si siete es un número grande, setenta veces siete es el número máximo, algo que no se puede contar, como: **No te digo siete, sino setenta veces siete** (Mt 18,22). Sin embargo, cuando, al poner ejemplos o narrar cualquier cosa, se va progresando hasta llegar al número siete, en él termina la narración; así, **El primero tomó mujer y murió, y como no tenía descendencia, dejó su mujer a su hermano; de la misma manera sucedió también con el segundo y el tercero, hasta los siete** (Mt 22,25-26).

La secuencia siete-ocho significa un número incierto e indefinido: **Reparte a siete, y también a ocho; porque no sabes qué mal vendrá sobre la tierra** (Qo 11,2).

El número diez suele indicar, a veces, algo excesivo y abundante hasta la hartura: **Ya me habéis injuriado diez veces y no os avergonzáis de oprimirme** (Job 19,3).

El número doce, designado por palabras o por cosas, significa a los hijos de Jacob, a quienes la providencia divina, por gracia singular, engendra, cuida y multiplica. De ello he aquí un ejemplo: **Elías tomó doce piedras, conforme al número de las tribus de los hijos de Jacob, a quien le vino la palabra del Señor diciendo: 'Israel será tu nombre'** (1Re 18,31).

El cien significa el número pleno y completo, puesto que consta de diez veces diez, y es muy necesario para conocer las proporciones. Mediante él se indicaron la centésima parte percibida del fruto del campo y el peculio del pastor consistente en cien ovejas.

La repetición del cien hasta el mil constituye una amplificación digna de tenerse en cuenta. Así, de Ezequías está escrito que sacrificó cien carneros y doscientos corderos (cf. 2Crón 29,32). Ya en verdad el número mil supone una cantidad y término bien conspicuos; sin embargo, no es el número mayor entre los hebreos, sino que, repetido diez veces, obtiene el grado mayor en la escala de los números, y se llama *Ribabah*. Así: **Caerán a tu lado mil y diez mil¹⁰ a tu mano derecha** (Sal 91,7). Y ni siquiera éste es el nombre último de los números. Encontramos también tres, siete, diez, treinta, setenta, cien, mil *ribabah*, tres *ribaboth*, diez *ribaboth*, cien *ribaboth*, mil *ribaboth*, que es el final último de lo que puede enumerarse, como está escrito: **Miles de miles le servían** (Dan 7,10). Ningún otro número, superior a éste, hemos observado en los libros sagrados, sino que todas las cosas que van más allá de él se nombran con

⁹[En efecto, en hebr. leemos עַד-עֶקְרָה יִלְדָּה שְׁבַע; donde Vlg. traduce: *donec sterilis peperit plurimos*].

¹⁰[Hebr., וְרִבְבָה, y *diez mil*].

el apelativo de *sin número*. Ejemplos de esta clase son las estrellas del cielo, la arena o, más bien, las olas del mar, los cabellos de la cabeza: **Sus viudas se han multiplicado más que la arena del mar** (Jer 15,8); **Como no pueden contarse las estrellas del cielo ni medirse la arena del mar** (Jer 33,22); **Por eso, así ha dicho el Señor Dios: ‘He aquí, Tiro, yo estoy contra ti; contra ti haré subir muchas naciones, como el mar hace subir sus olas.’** (Ez 26,3); **Y será el número de los hijos de Israel como la arena del mar, que no tiene medida y no se puede contar** (Os 1,10); **Se multiplicaron más que los cabellos de mi cabeza los que me odiaron sin razón** (Sal 69,5).

Para la explicación de muchos pasajes, sería conveniente anotar, además, que un número mayor y completo no viene alterado al restársele una unidad concreta, y que la verdad de la frase no queda debilitada por esta causa, ya que lo que carece sólo de una mínima parte se halla próximo a lo que es completo y absoluto. Ejemplo de ello es: **Y Jacob engendró a los doce patriarcas; los patriarcas, movidos por la envidia, vendieron a José a Egipto** (Hch 7,8-9). De esta clase es también el siguiente ejemplo de San Pablo: **Cinco veces he recibido de los judíos cuarenta azotes menos uno** (2Cor 11,24).

TÉRMINO

CAPÍTULO 15.º

El término es también consecuencia de la división y separación de las cosas. El término¹¹ es el fin preciso de cualquier cosa o lugar, como está escrito: **Y dijo Dios: hágase el firmamento en medio de las aguas y divida las aguas de las aguas; e hizo Dios el firmamento y dividió las aguas que estaban bajo el firmamento de las que estaban sobre el firmamento** (Gén 1,6-7). Quedaron establecidos así los dos términos del mundo, el inferior y el superior. Fue hecho también el firmamento medio, y empezó a existir, además, al mismo tiempo, un lugar definido y delimitado por partes definidas. Con relación a esto, la percepción de la cercanía o lejanía de las cosas entre sí, a condición de que se la haga correctamente, aporta gran ayuda al conocimiento y comprensión del lenguaje. Nacen de aquí, en efecto, la continuidad, la discontinuidad, la proporción y la circunstancia.

Por lo que respecta al lenguaje, término significa una jurisdicción precisa y definida; por ejemplo: **Quitó las fronteras de los pueblos y depredó a sus príncipes** (Is 10,13). A veces, también, el término no viene mencionado para indicar la cosa en sí, de la que es término, sino ciertamente para indicar a otra: **Hay algunos de los que están aquí que no probarán la muerte hasta que vean al Hijo del hombre viniendo en su reino** (Lc 9,27; Lc 9,27). Esta sentencia, en efecto, no asegura que, inmediatamente después de que vieran venir al Hijo del hombre en su reino, aquéllos experimentarían la muerte, sino que su significado es éste: aquéllos no experimentarían la muerte, antes de que se realizara completamente lo que se había prometido. Lo mismo puede decirse del pasaje aquel **No la conoció hasta que dio a luz** (Mt 1,25). No se sigue que la conoció después del parto, sino que ella dio a luz antes de que él la conociera; así, de ningún modo, puede decir que lo que de ella nació fue engendrado por él, sino por Dios. Ni tampoco se demuestra que después fuese conocida. Véase también el pasaje que sigue: **Y Mical, hija de Saúl, no dio a luz hasta el día de su muerte** (2Sam 6,23). No cabe argumentar que Mical diese a luz después del día de su muerte.

¹¹Definición del término.